

JAVIER CARVAJAL

EN EL MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO.—Julio

1.973.

Con el Excmo. Señor Don Javier Carvajal, Doctor en Arquitectura.

Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

Director General de Promoción del Turismo.

Una conversación acerca de los serios y graves problemas que tiene hoy planteada la "profesión", y de los que tenemos planteados todos los españoles en el área del Turismo.

Una conversación acerca de... Arquitectura, y vida y sentir de un arquitecto: Javier Carvajal.

Como todas, esta entrevista se inicia por el tiempo —el tiempo que llevan los arquitectos siéndolo profesionalmente.

—La fecha de mi título profesional es 1953.

¿Su carrera...?

—Estudié mi carrera fundamentalmente en la Escuela de Madrid, aunque el ingreso lo hice en la de Barcelona, donde vivían mis padres.

En Madrid, y en algún sitio más estudio, ¿no es cierto?

—Sí. Durante la carrera y al terminar, después, estuve en París (Sorbona), haciendo estudios complementarios sobre temas de mi profesión. Y además...

De todos los "además", ¿cuál es el que ha causado mayor impacto —para decirlo con el término al uso— en toda su formación?

—Mi estancia en Roma. Obtuve el Premio de Roma, de la Academia de San Fernando, a los dos años de terminada mi carrera. Gracias a ello pude estar en Roma, y viajar por Italia y por Europa el tiempo preciso y necesario para adquirir una experiencia, que para mí ha sido inapreciable.

Dispuse del tiempo preciso, y estuve en el lugar preciso residiendo, en la Academia de España, en el Gianicolo, Roma.

—Efectivamente, viví entonces en la Academia de Roma, en el Gianicolo, uno de los sitios más hermosos del mundo.

Teniendo Roma a sus pies... entregada a su mirada.

—Y he tenido la suerte de poder vivir también en la Alhambra, con Granada por paisaje... Y en otros lugares, que tampoco se puede decir que estén mal...

Vengamos a su estancia en Roma como becario.

El premio, como se sabe, es para residir en Roma y para viajar por Europa. Con ello he tenido la suerte inmensa de conocer a los arquitectos más famosos de nuestro tiempo. Para mí es inolvidable fortuna haber conocido personalmente a Le

Corbusier, a Mies van der Rohe, a Alvar Aalto, a Niemeyer. Y aún conocí, en el último año de su vida a Wright, en Nueva York.

Con lo cual puede decirse que el catálogo de los grandes arquitectos coetáneos tuyos, está completo. (Digo tuyos, porque mi catálogo crece un poquito más por el lado de antes.) Esto significa que ha investigado en personas vivas y activas, lo cual me parece tremadamente importante para la formación no sólo profesional, sino personal de un scholar.

—Contemplar, in vivo, lo que esa gente se aleja de la gente normal es impresionante.

¿Se distancian?

—Se distancian no ellos, personalmente, les distancia su capacidad de trabajo, su fuerza de voluntad, su tesón constante el convencimiento de que están haciendo algo que mucho importa, que importa más que ellos mismos, de aquí su decidida firmeza para seguir en la brecha, precisamente en el momento en que surgen los obstáculos, que es cuando tanta gente falla, y abandona el quehacer que se había propuesto.

Y de todos estos "grandes" ¿quién ha sido el que más le impresionó?

—A mí, creo que Le Corbusier; y en un aspecto muy distinto Aalto. Y posiblemente ambos me impresionaron por cosas muy diversas. Así como Le Corbusier me asombró siempre por su capacidad polémica, por su afán teorizante, por su calidad de idea, por su línea cristalina de planteamiento, Alvar Aalto me impresionó tal vez por todo lo contrario: por su capacidad humana, por su voluntad de aprovechar en cada momento oportunidades, una capacidad artesana, diría yo, de inventar otra vez la vida, y por tanto no confiar en los grandes montajes, sino en las pequeñas posibilidades de cada día.

Javier Carvajal, con esa formación —oportunidades habidas y comprendidas, incorporadas al propio haber— debe circularse con soltura por el mundo de los planeamientos. Sin embargo, no fácilmente, me doy clara cuenta. Esta formación suya aumenta las posibilidades personales, pero acrecienta al mismo tiempo, y de modo insospechado, la conciencia de las responsabilidades personales. ¿Qué quería hacer como arquitecto?

—Tengo que decir que, gracias a Dios, he podido hacer lo que quería hacer: fundamentalmente construir...

¿Construir el mundo?

—Sí, construir un poco mi mundo, una mínima parte del mundo total, que yo desde mi adolescencia tenía pensado cómo debía ser.

Es una actitud de joven, que sirve para de maduro hacer la obra que ya está en parte hecha, y en parte en marcha.

—No tengo ningún perdón si no es mejor la arquitectura que he hecho. La he hecho porque he querido, o porque no he sabido hacer otra, o porque no he sabido y no he querido simultáneamente hacer otra. Y puedo decir que, realmente, de lo que estoy más contento es de haber sido proa de cortahielos, y por tanto, haberme mellado mucho en la búsqueda de nuevos caminos. Repito lo que he repetido muchas veces ya: la dignidad del cortahielos es tener la proa mellada. Y en esta búsqueda de nuevos mundos, me he dejado muchas aristas de mi proa. Ahora ya es diferente. Lo que decíamos entonces, yo y otros muchos arquitectos, tiene hoy una aceptación casi universal, pero cuando empezamos, recién terminada la carrera, tuvimos que dar muchas batallas, tuvimos que renunciar a muchas tentaciones en medio de muchas dificultades para hacer aquello que creímos que debía hacerse. Y esta aventura nos llevó al mundo de la construcción, al mundo del diseño, al mundo de la polémica artística, a la defensa de las nuevas formas de ver el mundo. Todo esto es lo que a mí más me ha apasionado siempre, y me sigue apasionando.

—Y después de esto?

—Pues enseñar.

—Y por qué?

—Porque enseñar es una forma de construir mundo, es una forma de acrecentar, de acrecentar la dimensión de construcción del mundo trasladándola a otros. Porque era lógico que esta pasión nuestra de construir nuevo mundo la trasladáramos a aquellos que podían hacer ese mundo. Por eso, como profesor —y lo he sido casi desde el mismo día en que terminé la carrera hasta hoy... o hasta hace cuatro días— mi pasión, aparte de la que tengo por construir ese mundo, ha sido el enseñar a otros a seguir por el camino de la búsqueda de un mundo nuevo. Incitarles a que busquen por sí mismos caminos nuevos.

Ha dejado la Escuela sólo por un tiempo, ¿no?

—Es muy doloroso para mí haber dejado la Escuela. Lo he hecho, sin embargo, porque este quehacer en el que he aceptado empeñarme ahora reclama muy gran parte de mi esfuerzo, y no puedo hacerlo todo a medias... También he dejado mi tarea profesional. La seriedad me obliga a no diversificar mis fuerzas.

Nos acompaña la añoranza, fondo de todo docente que ya no ejerce. Proyectos I. es la cátedra que se ha quedado sin este profesor, porque hacen falta "Proyectos I", proyectos construibles, en la nueva Dirección General de Promoción de Turismo.

—Siempre he preferido tener la cátedra de Proyectos I, y he rechazado el paso a Proyectos, diremos últimos, porque me parece más emocionante desbrozar el mundo de ideas del futuro arquitecto, que dar las últimas pinceladas a una formación ya completa, en cierto sentido.

De esa Escuela que ahora añora, ¿qué maestros fueron los suyos, aquellos a quienes tanto debe siempre el estudiante?

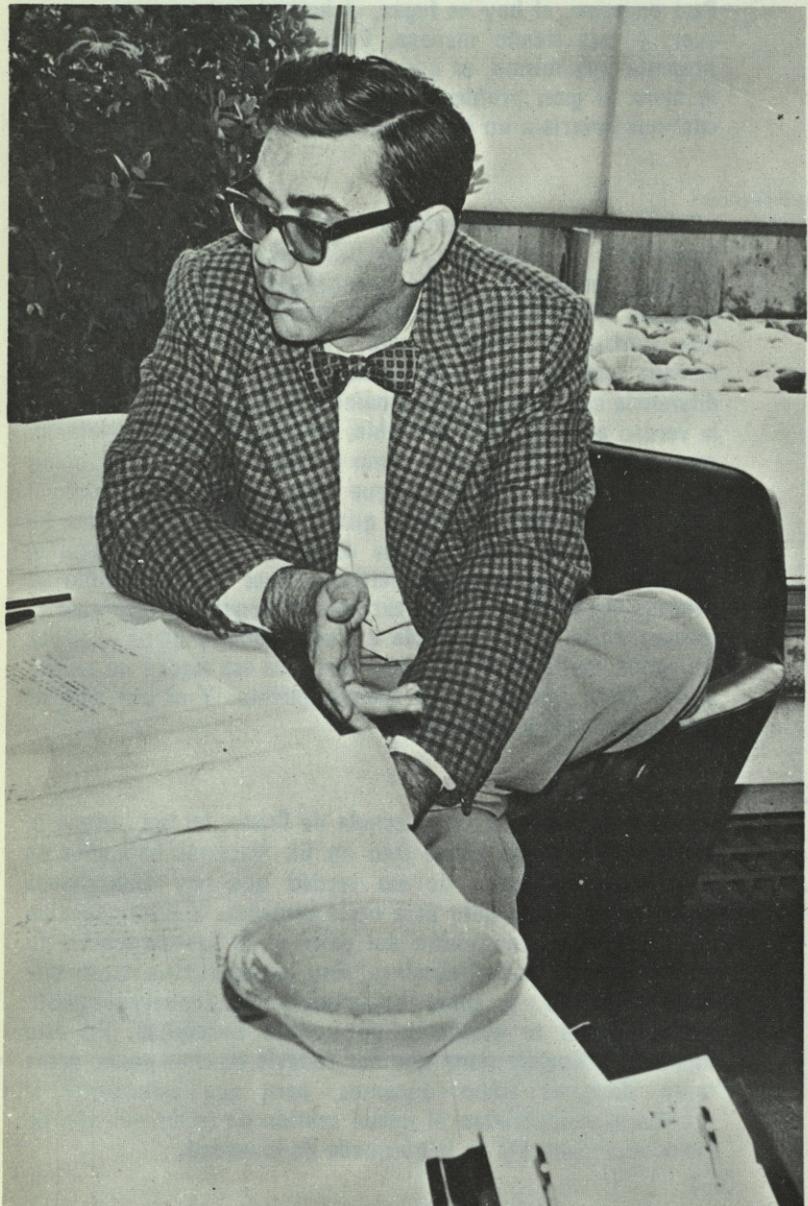
—Aunque parece siempre que escoger lacera a los no escogidos...

Yo no me refería a los maestros que fueron mejores y aún óptimos; sé perfectamente que a todos los que nos han enseñado les debemos más de lo que nunca les podemos agradecer; me refería —insisto— a esos maestros que por razones personales y concretas —temperamento, gustos electivos, afinidades— han marcado especial huella en nosotros, en Vd. concretamente.

—En ese sentido yo he tenido cuatro maestros importantes —¿son muchos, no?

—¡Muchísimos! Javier Carvajal, o la suerte en el aprendizaje.

—Leopoldo Torres Balbás, Modesto López Otero, Luis Moya, y



Víctor D'Ors. Con unos me entendí y coincidí más, con otros coincidí menos, pero estos cuatro profesores son los que más mella han hecho en mi formación como arquitecto. De todos ellos guardo el recuerdo imborrable de su enorme humanidad, y tal vez con esto esté yo haciendo el retrato de mí mismo: a mí me impresiona la gente, y me impresiona muchas veces por su dimensión humana. Lo cual, digo sin embargo, no excluye en manera alguna enfrentamientos con esas mismas personas.

—Evidente.

—Luis Moya, ¿qué se puede decir? Es una de las personas más cultas de nuestra Profesión, y para mí más cordial y aún más efusiva y a la vez llenísima de conocimientos, atentísima a multitud de problemas, sutil en tantas y tantas de sus apreciaciones.

López Otero fue un gran Director de la Escuela. Y fue para mí un gran profesor, con el que posiblemente no estuve de acuerdo en sus líneas de proyecto, o en su actuación plástica, pero lo que tenía de apasionante era su vocación de profesor, su vocación de arquitecto, su enorme humanidad y comprensión. Yo recuerdo aquella cosa asombrosa, casi en el último año de su magisterio en la Escuela, cuando planteado el tema de la participación de la Escuela en la Bienal de São Paulo, con una inmensa humanidad dijo: "Señores, yo de esto no entiendo". Que frente a las puertas de un mundo nuevo de Arquitectura, dijera esto un gran arquitecto —como era él— y que nos cediera el paso a nosotros, amparándonos con su amplio y nada condicionante asesoramiento, me parece que da la dimensión exacta de su calidad como profesor.

Modesto López Otero: un maestro auténtico.

—Eso está claro.

—Y Don Leopoldo?

—Hombre de enorme cordialidad, enorme paciencia, enorme comprensión, y enorme cultura. Tenía una finura extremada de pensamientos y de juicio. Tenía un inmenso respeto por la opinión ajena.

—Y Víctor D'Ors?

—Una de las personas con una mentalidad más brillante, más atractiva, con quien se puede estar en desacuerdo, pero a quien siempre al fin hay que admirar, y con quien realmente yo he tenido tantos puntos de contacto en tantas apreciaciones intelectuales, y en esa especie de inmensa agilidad de planteamientos y de imaginación.

Está muy bien que un profesor joven admire a los maestros que ha tenido, que tampoco son tan viejos, después de todo, algunos de ellos.

—A pesar de que citar sólo a estos cuatro maestros pueda parecer...

—Un día haremos una entrevista a la cassette acerca de todos y cada uno de los profesores que ha habido en la Escuela, llevando el micro a los alumnos suyos que sobrevivan todavía. Ahora, no nos caben más aquí.

—Es verdad. Pero conste que no he citado a ninguno con exclusión de otros. Entre otras cosas, porque realmente creo que todos cuantos, —y yo inclusive— hemos dicho en muchas ocasiones que la Escuela no hizo mucho por nosotros, no hemos sido justos.

Ahora que "somos" mayores...

—Realmente creo que la Escuela hizo muchísimo por nosotros, aunque, tal vez, no nos enteramos demasiado en nuestro tiempo de "escolares".

Eso sucede siempre. El alumno, el estudiante... Todos hemos sido muy ingratitos

con nuestros maestros, y cuando nos ha llegado la hora de reconocerlo entonces nuestros maestros están o no están ya entre nosotros.

—Y por eso, uno tiene "como prisa" por reparar el daño involuntario, ciertamente, que se pudo causar con afirmaciones demasiado precipitadas, y mitigarlo... pues confesando acaso la ligereza de nuestros juicios, y reconociendo que uno es lo que es al cabo por lo que otros han dado para que lo seamos, y en la medida en que nos lo han dado generosísimamente.

En el fondo, todos vivimos de todos. Pero un maestro da mucho, muchísimo, para el vivir del alumno. Y si lo dado cae en otro maestro... la labor está cumplida, y el árbol de la vida no deja de dar sus frutos, sus hojas en sus sazones. Eso —me parece— lo saben todos los profesores. Y de ese crédito de generosidad abierto viven, y con él dan de vivir.

Profesor en la Escuela. Proyectos I. ¿Cómo ve para esa Escuela el ayer, el hoy y el mañana?

—Para empezar, el hoy es fugaz, el hoy no existe, el hoy ya es ayer, y está siendo mañana. Pero lo que sí conviene tener presente hoy mismo, es que la problemática de la Escuela no es ajena al gran problema, a la gran crisis de la Cultura. Lo cual nos llevaría a un largo discurso sobre el tema.

—Larguísimo!

—Sobre todo si discurremos acerca del fenómeno de la transmisión de la cultura. Hay diferencia entre un mundo de verdades aceptadas, y de transmisiones de paquetes de verdades confeccionadas, donde el maestro era el transmisor de una verdad ya acuñada, para que fuera traspasada a un mañana que iba a conferir vigencia a esa misma verdad..., hay diferencia con respecto a la dinámica de este momento, en que la verdad aparece como mudable, problemática, perfectible, en que la verdad solamente es como un atisbo de la verdad, como una partícula de una verdad que nunca se alcanza, y donde el profesor, por tanto, no es más que debelador de un proceso de invención de la verdad, donde cada generación va a hacer el esfuerzo de buscarse una verdad... Pues ahí está todo el proceso de la Escuela. Tal vez, unos se aferran en mantener la imagen de la verdad acuñada y transmisible, y otros —tal vez las gentes más jóvenes— piensen que toda esa verdad no existe, y por tanto que todo está todavía inédito. Y ni una cosa ni otra son ciertas, a mi parecer.

—¿Qué es la verdad?

—Esta es la pregunta incontestada de Cristo, tal vez porque la verdad absoluta no existe sino en El. Nosotros hablamos de verdades contingentes de esa verdad que hoy entendemos como dato. Como dato para otras verdades. Y justamente en ese aspecto de transmisión del dato, y de la experiencia, no convertidos en verdad absoluta, sino justamente en tanto que dato operativo, y como experiencia hacia nuevas investigaciones, está la evolución de nuestra Enseñanza. En este aspecto, la Escuela tiene que dar todavía muchos pasos, pasos tanto docentes como discípulos, para que estudiantes y profesores comprendan el nuevo sentido de la transmisión de los conocimientos y de la búsqueda de la verdad.

Esperemos que esto sea factible, y se convierta en hecho claro.
Profesor en la Escuela. Decano del Colegio. ¡Y va de problemas!

—Entre otros los problemas del Colegio son los siguientes: Primero. Nuestra profesión como tal profesión, y el Colegio, como cristalización de esa profesión, responden a una realidad que ya no es nuestra realidad. Contemplan una profesión elitista, frente a una clientela individual, elitista también. Esta realidad —arquitectura de arquitectos liberales, libres, frente a clientes libres— ha dejado de tener vigencia. Nuestra profesión se ha convertido en una profesión diversificada en tres niveles distintos: el del arquitecto asalariado, el del arquitecto libre, y el del arquitecto que trabaja para la Administración. Ni el primero ni el tercero de estos planteamientos los consideran nuestras Ordenaciones Estatutarias, y en consecuencia, nues-

etros Colegios, hoy día, no dan respuesta a los verdaderos problemas que este hecho plantea. Esto, por una parte.

Otro gran grupo de problemas: El del desarrollo de las tecnologías. Hasta hace muy poco tiempo, un arquitecto podía, ciertamente, dominar la totalidad de las técnicas que incidían en el mundo de la arquitectura, y por lo tanto aparecer como el factor personal y exclusivo de todo el proceso constructivo, y del hecho arquitectónico como resultado del proceso. Hoy día, el desarrollo y proliferación de las técnicas hace casi imposible pensar que el arquitecto pueda dominar con calidad de especialista la totalidad de las técnicas que inciden en el mundo de la construcción, o del proyecto. Y, en consecuencia, tenemos por fuerza que ir a una profesión diversificada, y a una profesión donde las colaboraciones, los equipos multidisciplinarios, sin perder de vista la necesaria unidad del hecho arquitectónico, tengan su lugar para atender a los múltiples problemas de una tecnología en crecimiento y de una complejidad cada vez mayor. Eso tampoco lo consideran nuestras Ordenaciones Estatutarias, que solamente consideran al arquitecto aislado frente a problemas concretos. Esto es uno de los grandes fallos de nuestra organización.

Y, por último... El acceso de la sociedad, primero al desarrollo y después a la cultura, como paso inmediato, y por tanto también a los estudios superiores y especializados, y profesionales, es lo que convierte a la profesión nuestra hasta ahora —repito— profesión minoritaria, en una profesión mayoritaria, que busca nuevos puestos de trabajo para una población profesional cada vez más amplia.

—Estos son los grandes problemas básicos?

—Diría yo que lo son. Sobre ellos se articulan luego todos los demás problemas de todo tipo —económicos, sociológicos, informativos, etc., etc.

También son muy graves. Son fundamentales estos problemas aquí expuestos.

—Y aún diría más: O la profesión —y lo digo como Decano, con todo el peso que mi afirmación pueda tener, y ya lo he dicho, todavía más públicamente— o la Profesión se enfrenta con estos problemas de base para darles una solución, o difícilmente tendrán solución los problemas coyunturales de cada momento; y no se hará más que poner parches a los grandes problemas de base.

—Hay soluciones disponibles?

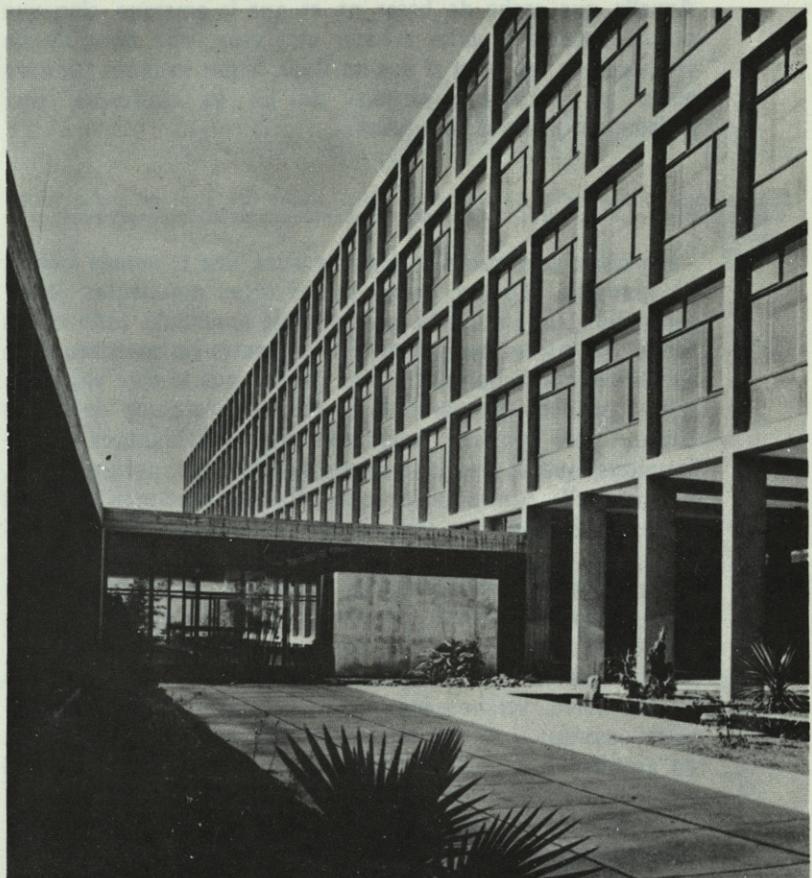
—Hay una cosa muy enraizada con el ser arquitecto: Programar. Proyectar. Construir. Pues bien, o proyectamos, y programamos la solución, o de lo contrario no hay nada que hacer. Es decir, las soluciones aquí ni pueden ser decisiones momentáneas, ni tampoco rápidas, sino que o son realmente la visión del conjunto en todos sus aspectos, y se programa una reforma, que realmente vaya al fondo de la cuestión, aún cuando tal vez con esto crujan las propias estructuras y nuestra propia reflexión, o no hay nada que hacer. Yo sé que esto es muy grave dicho por boca de un Decano, pero es mucho más grave todavía que el Decano no lo diga.

Me parece muy bien; y no en vano —¿no?— tiene andamios en este tiempo el Colegio de Arquitectos —Barquillo, 12.

—Para que no se nos caiga ¿eh?

Hablemos ahora, directamente, del arquitecto Javier Carvajal, que es lo más interesante de todo. La persona humana, fundamento y estructura de todo su hacer, quehacer y comportamiento en la vida, en todo lugar, situación y tiempo. Me gustaría saber si, en su primera obra, entre lo que proyectó y lo que vio realizado, ¿había espacio para una feliz sorpresa o para una amarga decepción?

—Bueno, puesto así, “como muy dramático”...



Yo lo he puesto "como muy dramático", pensando en el choque brutal que produce verse impreso por primera vez.

—Realmente, no hay ni feliz sorpresa ni amarga decepción. No es ni blanco ni negro, sino tal vez algo mucho más media tinta... Porque esta pregunta es como preguntar si uno es partidario de la sístole o de la diástole. Ni de una ni de otra. Por separado, las dos me parecen mal. Creo que la solución de la vida está en que el corazón siga en sístole y en diástole permanente. Así, ni sorpresa vital, ni decepción amarga; más bien, yo diría, rabia contenida por no haber sido capaz de expresar con piedra todo lo que uno llevaba dentro. Tal vez, también, bienestar agradecido por haber alcanzado una realidad que, muchas veces, justamente en la riqueza del volumen y del espacio y de las sombras, es mucho más completa y rica que lo que nuestros planos reflejaban.

Entonces, decepción amarga, ¿no cabe nunca?

—No. Ganas de hacer otra obra inmediatamente sí. Y yo diría además que ésta es la dinámica justamente del que crea. Aquello que acaba de hacer no es que le amargue, sino que precisamente le impulsa a hacer otra cosa, otra obra, donde sea superado ese nivel al que no llegó. Y por lo tanto "la obra mejor" no es nunca ninguna de las ya realizadas, sino justamente la que se va a hacer.

Eso es muy buena señal de juventud, signo seguro de estar en plena forma creadora. Si es que las obras construidas enseñan algo a su constructor, ¿cuál es su lección?

—Las obras construidas dan, entre otras, una tremenda lección de modestia. Yo era, como tantos otros arquitectos de mi generación, un arquitecto que lo había aprendido todo en los libros. Yo era de los que se revolvía contra sus maestros de la Escuela por inconformista. Y es curioso que lo diga yo, ahora que a muchos les parecerá el más fiel defensor de tantas cosas... Pero yo fui justamente de esos alumnos inconformistas, que se revolvían contra sus maestros, porque intuía, o veía en la confrontación con otras arquitecturas de otros países, que había una ruptura entre nuestra realidad y la del momento histórico que vivíamos. Entonces, naturalmente como reacción, aprendimos en los libros, que leímos como locos, viajamos, vimos, justamente para hacer realidad en piedra eso que intuíamos como una verdad nueva. Y sucedió que al poner en práctica nuestros sueños, aprendidos en los libros, vivimos una experiencia que en los libros no estaba escrita: y es que la arquitectura no es sólo la obra de un arquitecto, sino la obra de una sociedad, la obra de una tecnología general de un país, es decir, la obra de una circunstancia. Y aprendimos que no hay arquitectura sin circunstancia...

Todo está ligado a todo, entramado en el vivir.

—No se puede construir al margen de la circunstancia. Y no hay arquitectura sin "cliente". Tuvimos la vivencia de que no hay arquitectura sin climax de arquitectura. Y en consecuencia, he aquí de nuevo la gran lección: que la arquitectura no es buena por ser singular, sino que es buena por estar enraizada y por ser coherente con la circunstancia en que está inscrita.

Esto es muy importante. Y agradezco que haya sido dicho aquí y ahora. ¿Hablamos ahora de las obras suyas, ya construidas?

—Frente a la gente que piensa que yo he construido mucho...

Opinión muy difundida, cierto.

—Pues hace pocos días, al redactar el acta notarial de las obras que yo tengo hechas, para que antes de tomar posesión de este cargo quedara constancia de ellas y de cuanto tengo en

marcha, constaté, y constataron los que conmigo hacían el acta, que soy un arquitecto de pocas obras.

Pero altas, grandes y además no sé si discutibles, pero sí muy discutidas.

—Eso sí, eso está claro. Y casi todas ellas además. Tal vez sea un signo que llevo yo conmigo —La polémica y la controversia—. Sí, creo que tiene razón, casi todas mis obras han sido polémicas. Tal vez, porque quisieron ser en su momento obras de avanzada. Y porque —repito— era un momento en que estábamos en punta de lanza. De aquí que fueran discutidas.

Ejemplos, por favor.

—Yo hice, por ejemplo, la Escuela de Comercio de Barcelona. Paradójicamente, el último gran edificio —y digo grande por el tamaño— del racionalismo español que era de avanzada precisamente por replantear un camino cerrado; una obra hecha cuando en España sólo se pensaba en chapiteles y columnatas. Edificio, para mí importantísimo como expresión de aquellos años polémicos. Para no hacer interminable la reseña...

Simcopemos el tiempo, como dice Calderón.

Otro edificio —dando un salto muy grande— fue el Pabellón de Nueva York.

¡Un estupendo éxito!

—Fue importante por la línea de ideas que se siguió. Cuando fuimos a Nueva York, los americanos esperaban de nuestro Pabellón dos cosas: o que fuera un edificio tradicional —colonial— convencional-pastichista, con sus arcos, con sus farolitos, con sus rejas; o que fuera un calco de su arquitectura, una copia, por tanto de sus andaduras arquitectónicas. Y justamente, el Pabellón procuramos que fuera, dentro de la dialéctica contemporánea, expresión de nuestra realidad tradicional de la arquitectura. De aquí que nosotros hicieramos referencia en la "Memoria" —recuerdo— a la España esencial, no a la España formal. Lo que pasa es que lo nuestro esencial había que continuar buscándolo como una invariante en arquitectura. Insisto en que la España esencial no es la España que se traduce en fórmulas, sino la España que se cuaja en espíritu. Lo cual hace buscar nuestra España introvertida, nuestra España del patio, la de los muros densos... Y el Pabellón fue eso exactamente: la búsqueda de unos espacios que hablaran de nuestra esencia recoleta, recogida, intimista, dura, adusta tal vez; ciega, muda muchas veces hacia afuera, pero llena al mismo tiempo de expresión colorista en nuestros patios, en nuestros materiales, sobrios. Y de esta concepción mental, histórica en cierto sentido, salió esa obra que dejó su impacto en aquel momento, precisamente porque sorprendió: había sido posible encajar nuestro mundo de tradiciones esenciales en el mundo de la dialéctica formal contemporánea.

¿Más obras?

—A mí me han interesado mis casas de Somosaguas. Esas casas de hormigón, esas casas hoscas también, ¿no?

Hoscas, no. Protesto por el adjetivo.

—Pues muchas gracias. Pero, en fin, en cuanto a la expresión exterior, cerradas, y en cambio llenas de luz por dentro. Estas casas, que a mí me emocionan mucho, cuando pienso que me dieron por ellas el Premio a la mejor arquitectura europea del año 1968, el premio Fritz Schumacher, de la Universidad de Hanover, porque se justificaba la concesión...

Sí, y se justificaba diciendo: "Justamente por haber sabido hermanar la tradición de la arquitectura española con las formas de nuestro mundo".

—Sí. Es lo que está en la invariante de mi pensamiento: la

voluntad del encuadre simultáneo del espacio y del tiempo. Esta tremenda contradicción, que parece que se plantea siempre, a lo largo de todo el siglo XVIII y XIX en la cultura española, entre los que son fieles a su espacio y los que son fieles a su tiempo, como si hubiera posibilidad de ser fieles a una cosa o a otra, y no fuera necesario realmente desarrollar la vida de uno en la cruz justamente de espacio y tiempo.

¿Y la Torre de Valencia?

—Tal vez, porque haya sido mi última obra, y porque esté en un sitio visible para todos, es una de las obras que a mí, personalmente, me gusta haber hecho, y que justamente, a pesar de ser un edificio contestado, creo que también ha sido un edificio con respuesta.

Pues vamos a defender la Torre de Valencia.

—Conste que no voy ni a defenderla ni a atacarla. Porque yo creo que los padres de las criaturas ni atacan ni defienden, sino que muestran, muestran una realidad de sus hechos. Y... pues la Torre está ahí... Hubo que defenderla en su momento: eso sí.

Y fue defendida a capa y espada.

—Pero cuando corría el riesgo de no llegar a ser. Ahora, ya el riesgo no existe: la Torre es una realidad. Y es una realidad, además, inscrita, yo diría, en la imagen de Madrid. Es una realidad patente que, tal vez, todavía para los que tenemos muy cerca su historia nos cueste inscribirla en la estampa de Madrid, pero de aquí a pocos años será una pieza más, perfectamente encajada dentro de la realidad de la Ciudad. Repito que, cuando fue el momento en que estuvo en peligro su vida, como cuando uno defiende con uñas y dientes a las crías de la propia vida de uno, hubo que salir al campo de lucha, y justamente la defendimos porque ella, todavía tan chica entonces, tan inacabada, no podía defenderse por sí sola.

¿Y ahora se defiende bien ella sola?

—Eso entiendo yo. Como ya es mayorcita, que se defienda sola, que quien quiera saber que le pregunte, y que se deje fotografiar y que responda con su propia imagen.

Se ha dicho de la Torre que convierte en enanos a los árboles del Retiro. Y es cierto. Ahora, el Retiro se ha quedado pequeñísimo. Tal vez es que nosotros hemos crecido. Cuando éramos chicos nos parecían tan altos como la Torre de Valencia los árboles del Retiro.

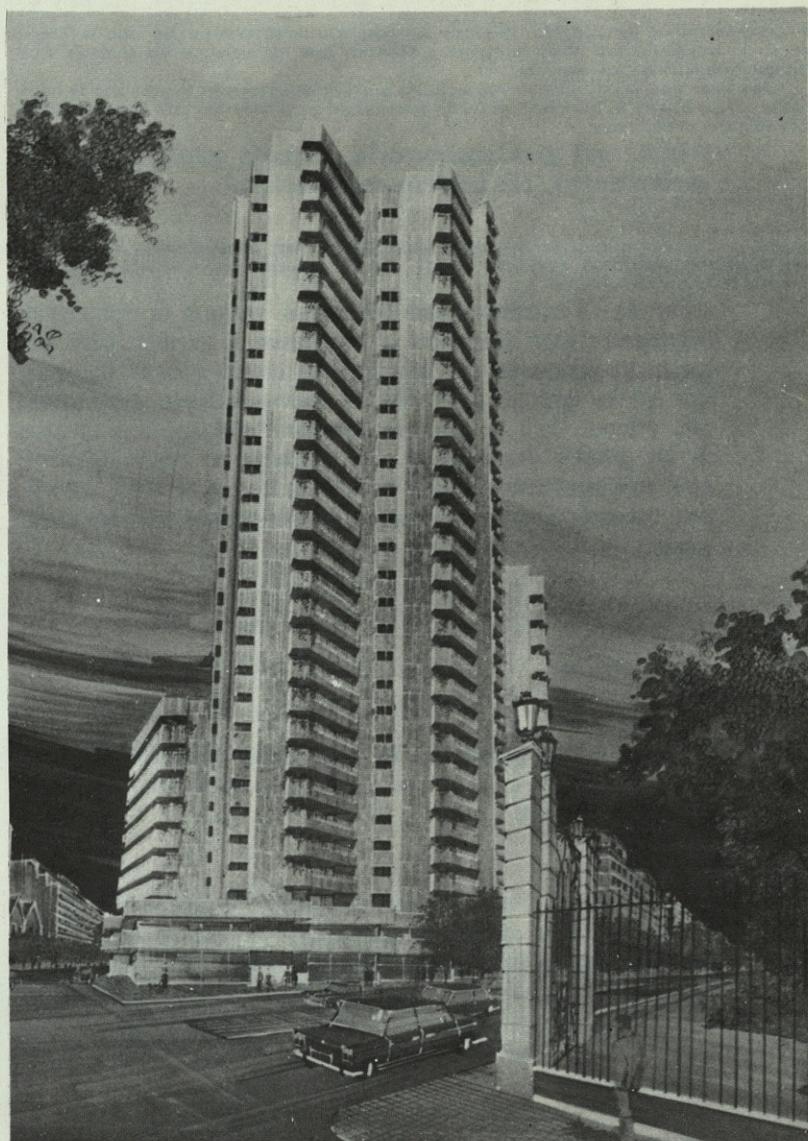
—Y también nos parecía la gente altísima. Y, sin embargo, al crecer, vimos que las gentes tenían el tamaño que tenían que tener. Y así... pues los árboles no son ni chicos ni grandes, sino que justamente tienen su dimensión, y los edificios también la tienen.

Y las personas también. Les corresponde a su tipo íntimo tanto como al exterior, a la imagen que nosotros tenemos de ellas.

—Además, creo que la polémica eterna del rascacielos sí, rascacielos no, está mal planteada. A mí me parecería mucho más correcto, tratar de si un edificio poluciona más, ocupa más volumen, si agota más el espacio, si crea mayor congestión, si arroja mayor cantidad de humos. Ahora bien, todos estos factores en la Torre no tienen sentido, ya que el volumen construido, ocupa exactamente el volumen previsto, de otra forma distinta, bien es verdad, pero ni un metro cúbico más de lo que fue previsto desde el primer momento; por lo tanto, no albergará ni a una familia más de las que hubiera albergado cualquier otro tipo de ordenación, ni lanzará una espiral de humo más que las que hubieran salido de otro edificio de su misma capacidad.

¿Y no habrá tragahumos?

—Tendrá la Torre cuanto la tecnología ofrezca disponible. Lo



que quiero decir es que la polémica no es de más, sino de cómo. No tenemos más volumen, sino volumen ordenado en una forma distinta. Y creo justamente que la forma en que hemos ordenado el hito, que es la Torre, ofrece una fórmula mucho más concreta, mucho más afirmativa que la ofrecida por una masa de construcciones baja y maciza, invasora de mucho más espacio. Pero, repito, yo ni siquiera sé hacer la defensa de la Torre, ahora. Supe hacerla en su momento.

A la Torre me remito, que ahí está. ¿Y "de Valencia" por qué?

—Los promotores lo son. Y además, nunca habían construido en Madrid, y vinieron con la ilusión de dejar su impronta en Madrid...

Frustrados no se habrán ido. Aunque no pasará mucho tiempo sin que la Torre se haya integrado tan absolutamente a Madrid, que los valencianos tendrán que buscar más visible monumento.

Hay algo que, a mí, me interesa siempre profundamente, y es la casa que se hace un arquitecto para él mismo. Porque en esa casa, el arquitecto no está condicionado por nadie... ni por nada.

—¡Ah! qué gran equivocación. Estamos condicionados por nuestra cartera. ¿Es pequeño condicionante?

A mí, me parece que la cartera condiciona muy poco, porque siempre se acaba en la vida haciendo lo que uno quiere —si es honesta cosa— cueste dinero, o cueste alma y vida.

—Cuando se construye para los demás, siempre se encuentran argumentos para convencer a los demás; si pueden, pues que gasten el dinero en eso que uno ha creído que es lo mejor. Cuando la obra es para uno, el convencimiento recae sobre uno mismo, pero se sabe exactamente, también, la limitación de las propias posibilidades. Sin embargo, el hecho cierto es que, evidentemente, la casa de uno es la que se hace, tal vez, con mayores libertades, excepto en ese aspecto que he dicho antes.

—Seguro que no hay más limitaciones? Yo creía que ninguna había, pero ahora me he quedado perpleja.

—Pues hay otra.

—¿La familia de uno?

—No, no. El ser arquitecto, es decir, tener la evidencia de que en el momento en que uno acabe su casa estará queriendo hacer otra distinta.

—¿Qué incomodidad!

—¿Comprende? Porque a otra persona se le puede convencer de que esa es la mejor casa que va a tener en su vida... Pero uno que está haciendo casas todos los días, y con ese hambre de hacer cosas mejores en cada momento, en cuanto se termina la casa, se piensa realmente —sí, se piensa— que la casa que se quería ahora ya sería distinta de la recién terminada.

Pero entonces, estamos de acuerdo. Yo siempre imagino como ideal una casa que con unos empujoncitos, pudiera cambiar su forma todos los días, siguiendo nuestro humor.

—¡Ah! Si así pudiera hacerse...

A pesar de todo, yo creo que cuando la casa de uno es obra propia, ¿no parece que canta lo dicho por el poeta indio, en un día cumbre para su obra: "Este día es la vida, la esencia misma de la vida. Este día es el placer, la esencia misma del placer." El día que se aposentó en su casa, ¿cantó la casa su canción?

—Sí; lo confieso. Sí; y además confieso que la hice con la mayor ilusión de mi vida, porque también es verdad —junto a lo demás— que toda la vida se ha pensado en lo que uno haría como expresión de la propia vida. Realmente la casa de un arquitecto no es nunca la casa que un arquitecto hace para quien no es arquitecto, sino que justamente es la expresión de lo que uno entiende como forma de vida, como espacialidad, como manifestación, como constancia del paso por el mundo

de alguien, cuyo papel es justamente crear el espacio en que se vive.

Las palabras auténticas siempre tienen valor supremo.

—He sentido muchas veces la emoción tremenda de hacer una casa apasionadamente, como debe ser hecha toda la arquitectura.

Todo se hace así, al cabo. Pero la vida propia íntima tiene todavía una carga más pasional.

—Y cuando la casa se hace no sólo para uno, sino para el ambiente de uno, para los amigos de uno, para la vida propia... para que la vida propia se cuaje —y donde se dice vida propia se entiende que incluye la de nuestra mujer, nuestros hijos, nuestros amigos... Cuando todo esto tiene que manifestarse de alguna forma en la casa que se ha hecho, que no es —como se dice frívolamente— el escaparate de uno...

—Mucho más que escaparate! Las casas no son cosas exteriores, sino cosas de dentro de las personas. Y por eso es tan grande la responsabilidad del arquitecto de viviendas...

—La casa es el lugar de acogimiento de tantos seres que con uno mismo comparten la vida, conviven la vida, y por eso, realmente, me parece una cuestión muy importante.

Yo creo que a los arquitectos se les puede hacer un magnífico psicoanálisis considerando sus casas sin que ellos hablen, y resultaría mucho más auténtico que el famoso "hablado" de los sofás.

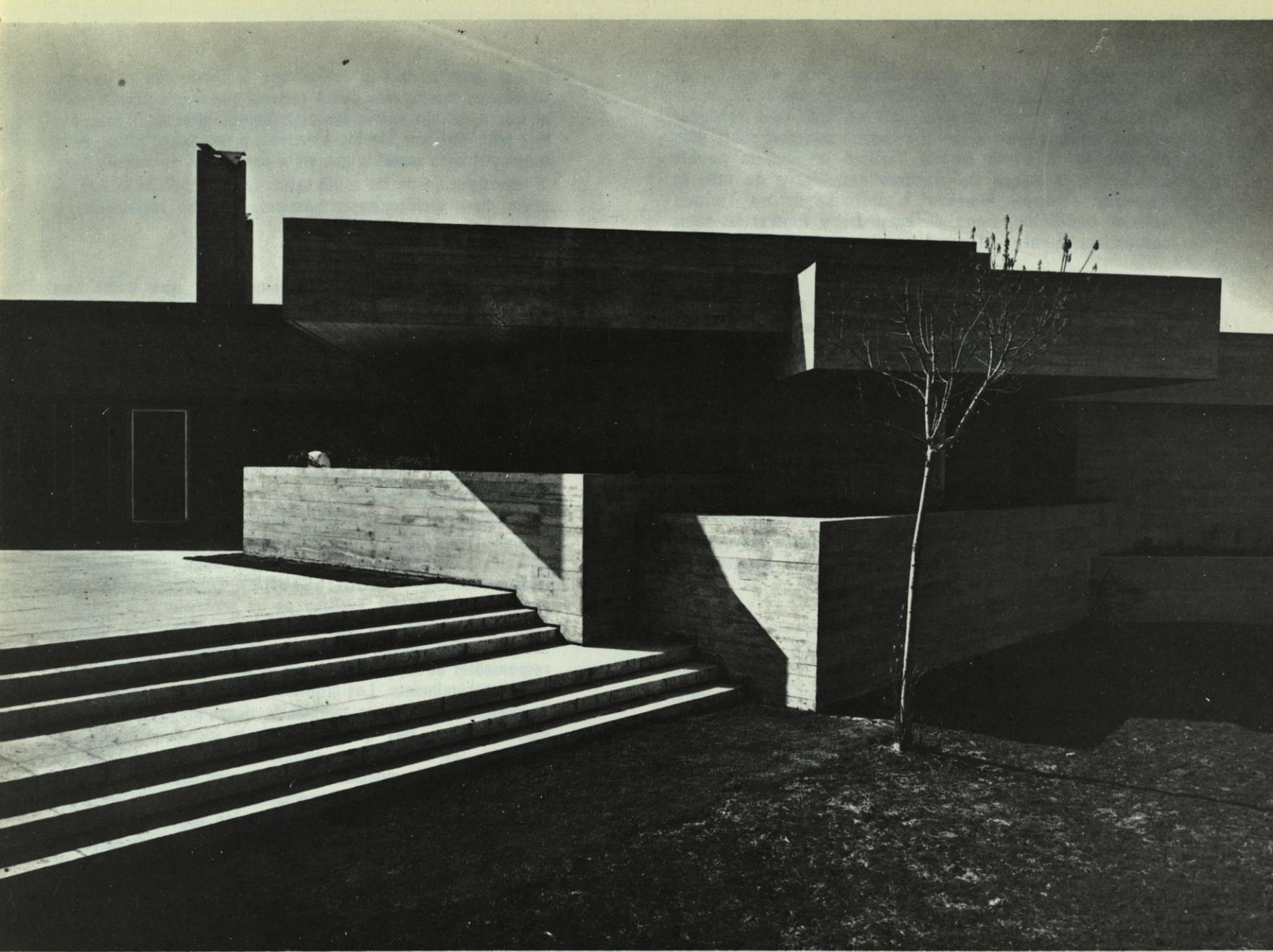
—Esto es muy claro. Hay en la vivienda personal que se hace uno un valor grafológico muy claro, de debilidad o de reciedumbre; de claridad o de complejidad; de limpieza o de confusión... Eso es muy evidente. La sinceridad, creo, no está en la información personal ante las cosas; es más bien la manifestación de las cosas mismas que de uno nacen la que plasma nuestra sinceridad, y la patentiza.

—¿Tienen importancia capital los materiales que emplea un arquitecto?

—Los materiales... Tal vez pase con los materiales que empleo, lo mismo que sucede con este anillo —el de mi boda—. Es un anillo que muchos creen que es de platino. No; es de acero inoxidable. Quiere esto decir, que es signo de voluntad de manejar las herramientas de nuestro tiempo por sus valores expresivos propios —su fortaleza frente al brillo. Mi casa está hecha con materiales de nuestro tiempo, y con voluntad expresiva de esa presencia del tiempo en nuestra obra. Por eso, el hormigón no está solamente usado ahí con intención plástica expresiva, sino en tanto que afirmación de cómo nuestro tiempo es un tiempo de nobles realidades, que no tiene por qué recurrir a la apariencia de los mármoles o a las piedras tradicionales empleadas en recubrimientos, sino que en sí mismo mantiene la esencia de esta nobleza que nace del aprovechamiento del material para su realidad de trabajo, o de posibilidad de hacer.

Puesto que hablamos de materiales. ¿El hormigón tiene futuro o se lo van a comer los plásticos?

—Yo creo que el hormigón tiene futuro. No un futuro totalizador, y por lo tanto hay otros materiales que también claman por tener su futuro, y evidentemente los plásticos, y los metales ligeros... Hay dos cosas que aseguran el futuro de los materiales: una, la adecuación a un proceso de industrialización —que las obras se hagan cada vez más en taller y menos en la obra; y en ese aspecto todo material ligero, apto para ser manipulado y transportado fácilmente desde las plantas de fabricación, tienen un futuro evidente. Por otra parte, aquellos materiales capaces de no requerir la mano de obra especializada, también lo tiene. Y ¿cuál de ellos es el que tendrá mejor futuro? Me atrevo a decir que, evidentemente, los manufacturables. Me atrevo a decir que los de taller. El proceso de industrialización está dando la batalla a la mano de obra —cara y escasa ya—. Por tanto, en un futuro previsible, será el material más empleado el que exige menos mano de obra.



¿Las experiencias que han hecho los arquitectos de su generación, y usted mismo, con el hormigón es cosa importante?

—Evidentemente. Venga luego lo que viniere, lo es. Muy importante. Y ahí está.

Una pregunta personal... ¿qué dice doña Blanca Valdecasas de Carvajal de su casa?

—Dice —y es sincera siempre— que está muy a gusto en su casa.

Entonces, no hay más que decir de esa casa Carvajal, en Somosaguas.

—Blanca, en esta casa, fue muy buena cliente, porque fue muy atenta con respecto a las sugerencias del arquitecto, y además hizo que el trabajo del arquitecto fuera fácil en esta ocasión. Y, tal vez, siguiendo mi dialéctica de que no hay arquitectura buena sin buen cliente, debo decir que si esta casa mía no está mal, es porque tuvo un cliente que tampoco estuvo mal.

Yo esperaba mucho de la mujer sabia y discreta que ha merecido tan estupenda casa. Y no esperaba menos. Pero estos reconocimientos públicos, tras el saber privado (que no son tontos los maridos) de la valía de una mujer por parte de su marido, me llenan de felicidad. Gracias.

Y ahora, tras todo este hablar de arquitectura, tan subido, ¿qué hace un arquitecto como Javier Carvajal situado en el Ministerio de Información y Turismo?

—Ser arquitecto: exactamente eso.

Conviene que quede claro, porque esto es cosa nueva.

—Hasta ahora, la promoción del Turismo ha tenido un signo marcado justamente por el hecho de que el Turismo era una acción espontánea.

Pero este momento parece más bien un momento de inflexión de nuestro Turismo.

—Estamos, parece, en el momento en que nuestro Turismo va a cambiar de signo. Y no por una voluntad personal de que cambie, sino porque la coyuntura del país le empuja a que cambie. Somos ya un país en desarrollo. Y, evidentemente, una de las condiciones del Turismo nuestro, que ha sido la baratura, se ha acabado. En consecuencia, no hay que pensar en que esas avalanchas de Turismo vayan a seguir, o vayan a ser ni siquiera deseables. Entonces surgen problemas de incidencia económica, que implican la necesidad absoluta de que no sólo mantengamos, sino superemos las actuales cotas económicas, aunque el valor numérico de este Turismo disminuya.

Estamos en nueva fase.

—Y muy importante. Para que este Turismo siga su marcha ascendente desde el punto de vista económico, con un volumen turístico menor, hace falta aumentar la calidad del Turismo, por una parte, en tanto que de otra, como estamos en un país en desarrollo, este país tiene cada vez más capacidad

de demanda para un Turismo interior, con lo cual, y en consecuencia, se está produciendo una inversión del hecho turístico. Así es que tenemos, por un lado, que fomentar nuestro turismo interior, porque nuestra sociedad así lo pide, absorbiendo, a través de ese Turismo interior, la posible disminución numérica del Turismo exterior, y de otro es necesario —insisto— fomentar la aparición de un Turismo exterior cualificado, capaz de mantener y superar las cotas económicas de nuestro Turismo actual.

¿Es decir?

—Que se mejoren nuestros niveles turísticos cualitativamente, para que realmente sean más atractivos lo cual servirá para el fomento de un Turismo de mayor calidad. Y está claro que esto ya no puede hacerse sin programación. Y la labor del arquitecto es programar.

El arquitecto en Turismo tiene la misión que tiene en casi todos los sitios y tiempos de la vida; programar, proyectar. Esto es lo idóneo para el arquitecto.

Nuestro Turismo tiene la necesidad absoluta de ser programado, de ser proyectado, de ser ordenado, planificado. Y esto es justamente lo que este arquitecto va a intentar hacer desde aquí, y además, para esto ha sido llamado, porque está claro que le han llamado sin ignorar que era arquitecto, y contando con que lo es.

Lo es, y además no da muestra ni señal de que para él sea posible desertar la arquitectura.

—Se podrá hacer algo, si no para suprimir, sí para impedir que barreras de rascacielos cierran el Mediterráneo a golpes de cemento alzado? Esa zona pequeña —beneficiosa para muy pocos— reduce a un grupo de turistas mínimo los que pueden ser albergados allí. El que no tenga un apartamento que dé al mar, no tiene presencia de mar como no se meta en él. Y para eso, ¿no son mejor tostadero las calles de Madrid y sus piscinas?

—Me está preguntando acerca de la directriz futura de nuestro Turismo y relaciones implícitas concretas. Y quiero decirle que esta conversación es la primera que tengo frente a un dictáfono sobre esta materia. Por eso, quede muy claro, que nuestras afirmaciones de ahora habrán de ser amparadas por los estudios que se harán públicos, de manera que adquieran un valor auténtico de documento. Sin embargo, me atrevo a decirle ya que esta transformación de nuestro Turismo, en esta cualificación de nuestro Turismo, la incidencia de la edificación en el paisaje, y la conservación de las bellezas naturales tiene que tener primacía.

Está claro, por tanto, que no sólo se tratará de proteger, en el futuro, la realidad —la belleza y armonía— de nuestro paisaje y de nuestra arquitectura tradicional y ya existente, sino también se buscará impedir —naturalmente— que se consumen nuevas acciones como las que han puesto en peligro grandes áreas de nuestro territorio turístico.

Evidentemente, el tema tiene dos aspectos: uno, la programación hacia el futuro; otro, el de la corrección de

errores pasados. No le oculta que la corrección de errores pasados es mucho más difícil todavía que la proyección hacia el futuro, siendo ambas cosas problemas difíciles. Y tampoco le oculta que uno de los objetivos, a más corto plazo, es el promover unos estudios, que ya se han puesto en marcha, para la remodelación de las zonas saturadas. Remodelación que, es obvio, tiene incidencias económicas, jurídicas, sociológicas, y ¿cómo no? arquitectónicas.

Y personales.

—Indudablemente. Es un tema que hay que tratar con exquisito cuidado y tacto para no conculcar derechos adquiridos, lacerar sensibilidades, herir susceptibilidades... Pero, evidentemente, es tal la gravedad del problema que, cuando menos en cuanto de mí dependa, no se va a escatimar esfuerzo alguno, y se buscarán soluciones imaginativas para afrontar ese problema existente hoy, urgente sí, pero también grave.

Gravísimo. ¿Qué más me dice, señor Director General?

—Para terminar, y quiero que en esto no vea por mi parte afectación alguna, diré que el tema del Turismo no es un tema, es decir, un problema, que pueda resolver aisladamente un Director General. Diría más: ni siquiera una Dirección General, y aún ni siquiera un Ministerio. Realmente, y desde estas páginas de nuestra Revista —ARQUITECTURA— quisiera decirlo muy claramente: Este del Turismo es un problema que afecta a toda la profesión —y aún a toda profesión— y a toda la sociedad. De hecho, y en alguna medida, todos somos responsables de lo que en el país ha ocurrido. Cada uno en su esfera, naturalmente. Los arquitectos tendremos nuestra esfera de responsabilidad, pero también la tienen los promotores, los especuladores... Hay que decir que la sociedad nuestra, en conjunto, es responsable, realmente, de un problema de corrupción, de degradación del paisaje y de nuestros pueblos y ciudades, que ahora todos lamentamos, pero que, sin embargo, no se ha hecho solo, sino que ha sido creado, en efecto, merced a participaciones múltiples. Y ahora, para salir en verdad al paso de ese enorme problema, seguramente habrán de ser convocados de nuevo los mismos que hicieron posible semejante realidad. Es decir, a todos.

Muchas gracias, Javier Carvajal. Espero muchísimo de esta Dirección General de Promoción de Turismo, porque es obra nueva, encargada a un gran arquitecto, a una persona responsable, y además hombre optimista por naturaleza —que sin entusiasmo poco puede hacerse, aunque se esté avezado a hacer edificios de varia especie—. Yo sé que se va a hacer desde esta Dirección lo debido. Desde tierra firme, es bueno respetar el mar, creador de nuestro perfil de tierra irrepetible. Lo necesitamos no por, ni para el Turismo. Necesitamos mar contemplado para vivir en el Tiempo que pasa y nos lleva al verdadero Mar de Dios.

CARMEN CASTRO.